



CAPITULO XXXV

FRANCIA

Los elementos religiosos y clericales durante la Restauración.—Aspecto teocrático de los negocios públicos en Francia.—El conde Villele.—Sesión de 1824.—*La Chambre retrouvée*.—Ley sobre las rentas.—Advenimiento de Carlos X.—Solidez de la posición de Villele.—Legislatura de 1825: Del 22 de Diciembre de 1824 al 13 de Junio de 1825.—Ley sobre los conventos.—Ley del sacrilegio.—Ley sobre la indemnización.—Síntomas más graves del poderío de los sacerdotes.—Lamennais.—Primeras resistencias.—Legislatura de 1826: Del 31 de Enero al 6 de Julio.—Ley sobre el derecho de primogenitura.—Legislatura de 1827: Del 12 de Diciembre del año 1826 al 22 de Junio de 1827.—Ley sobre la prensa.—Ley sobre el jurado.—Caída de Villele.—El vizconde de Martignac.—Legislatura de 1828: Del 5 de Febrero al 18 de Agosto.—La cuestión de los jesuitas.—Roger Collard.—Uno de los preludios de la crisis.—Legislatura de 1829: Del 27 de Enero al 31 del Julio.—Caída del ministerio Martignac.—Primeras explosiones del descontento público.

HEMOS visto como en todas partes la reacción es ante todo católica, y como lo que tiende á triunfar en definitiva es el clericalismo. Esto no quiere decir que en todas partes el catolicismo se presentara de igual manera. En España, Italia y Suiza, se une fuertemente al partido reaccionario en política y al trono. En Inglaterra y Bélgica, por lo contrario, se une á los partidos democrático y liberal. Estas variaciones de Roma, indican que fiel á la política de Maquiavelo, en Roma se decía que lo que importaba era vencer, cualquiera que fuera el medio que al efecto se emplease.

Diferente se presentaba la cuestión religiosa en Francia. Francia había, durante toda la época de su revolución, seguido bien que mal el terrible consejo de Mirabeau, cuando decía que para desmonarquizar á Francia precisaba primero descatoliquizarla. Si luégo el imperio, por convenir á su plan de restauración monárquica, tuvo que sucumbir á su plan de restauración católica, ya hemos visto que el im-

perio, volteriano como la Revolución, no fué tan allá como hubiera querido la Iglesia; de modo que ésta en Francia tenía que luchar con el estado de cosas creado por la Revolución, con el estado de los ánimos de los hombres del partido liberal en todos sus matices, y con la misma imposibilidad de satisfacerla por parte de la monarquía ó de los borbones. De aquí el carácter agudo que presentó siempre en Francia la Restauración.

Hubieran, pues, querido los realistas exaltados, los ultras, que se hubiese hecho en Francia lo mismo que se había hecho en Italia y España, y á este fin aplaudieron la expedición del duque de Angulema, de la que esperaban para sus planes el más brillante resultado, para probar la exactitud con que Courier escribía que se iba á conquistar á Francia en España, y esto con tanto más motivo cuanto que ya acababan de ganar una gran batalla, pues á poco de haber llegado al poder Villele, el abate Frayssinous, obispo de Hermópolis y primer limosnero del rey, era



nombrado gran maestro de la Universidad,—1.º de Junio de 1822,—de modo que con este nombramiento podían decir los ultras que la instrucción pública había caído en sus manos.

Frayssinous se apresuró á demostrar que, en efecto, el ultramontanismo había triunfado en la instrucción pública.

Principió «por suspender el curso de Guizot sobre la historia moderna, por la única razón de ser el profesor protestante. Suspendió igualmente el curso



CARLOS X

gios reales, en cuanto fué esto posible, no se pusieron más que eclesiásticos para los cargos de rectores, provisos, censores y principales.» Y sin embargo, aún el partido clerical no estaba contento, habiéndose encargado de formular públicamente su disgusto Lamennais, quien en un artículo publicado en el *Drapeau blanc*, —22 de Agosto de 1829,— sostenía que lo que debía hacer el gran maestro de la Universidad, era destruir toda la Universidad. Siendo de advertir que amén de lo dicho, Frayssinous, no contento con haber enviado al abate Scorbic á predicar en los colegios de Francia, lo que no hacía sin elocuencia, y de la manera más terrorífica para dominar las jóvenes inteligencias de los niños, les envió las misiones que tan desastroso efecto habían causado en el orden civil. Estas misiones

de filosofía de Roger-Collard... Esta invasión determinó también al digno Sylvestre de Sacy á dar su dimisión de miembro de la Comisión de Instrucción pública, siendo en seguida reemplazado por un iniciado, el abate Clausel de Coussergues.

«En el colegio de Francia, se dió el puesto del astrónomo Delambre, que acababa de morir, á un congreganista, á Binet, á pesar de que el claustro de profesores había propuesto por unanimidad á Mathieu. Al frente de las Academias y de los Cole-

hasta se enviaron á los obreros de París, habiéndose encargado de llevar la palabra al jesuíta Loewenbruck, que continuó en su cargo hasta perder la razón.

Esta tiranía religiosa llegó hasta el punto de que el gobernador del departamento de Indre-et-Loire, llevó á los tribunales á los pobres habitantes de Azai, por haber bailado en domingo, cuyo día se quería que se pasase en la iglesia, lo que hizo decir á Courier, «que, sin embargo, el rey David había bailado delante de la Arca de la Alianza, y le había parecido al Señor esto bien.» Inútil, pues, decir que se necesitaba un cierto valor por parte de los liberos, para exponer en los escaparates de sus tiendas las obras ya no de Voltaire y Rousseau, que estas no había quien las pusiera en sitio público, sino las

obras de los escritores liberales más templados. Así en ciertos departamentos, á juzgar por los escaparates de los liberos, no se vendían más que libros de rezo y de oraciones. Esto nos dice cómo hubo de ser tratada la prensa.

Dirigía esta parte de la campaña el abate Liautard, gracias al influjo de la señora de Cayla que dominaba al decrepito Luís XVIII, y dicho se está que de dejarla hacer, Francia entera no habría sido más que un seminario, y ya que no se pudo complacerle entregando el país á sus secuaces, se creó para los suyos el banco eclesiástico en el Senado,—31 de Octubre de 1822,—nombrándose senadores á

ocho obispos y arzobispos. Más tarde, en 26 de Agosto de 1824, se llevaron al Consejo de Estado tres prelados, y aún no satisfecho con todo esto el partido teocrático, se llevó al ministerio de Estado, nombrándose además miembro del Consejo de Estado, al cardenal Fare, y se creó para el mismo Frayssinous, un ministerio de Cultos y de Instrucción pública, medidas que fueron celebradas en Roma con el mayor entusiasmo.

Esta marcha progresiva de la teocracia duró hasta el año 1826 en que llegó á su colmo, sin que pudieran contenerla las filípicas de Courier y las canciones de Beranger: sin embargo, sus protestas ené-



Consagración de Carlos X

gicas y valientes, mantenían vivo el amor por la libertad que de otra manera hubiera desaparecido, ahogado por los abrazos de la teocracia. Pero justo es decir, y no se dejaba de notar, que el clero en su inmensa mayoría se mantenía sistemáticamente alejado de esos rigoristas, de esos ultras, que comprometían definitivamente la religión al hacer de ella una arma de partido; pero esta parte del clero no hacía más que obedecer y acatar lo que se le mandaba, y aún cuando en su falta de celo se notaba su protesta, no llegó á formalizarla en el terreno en donde le hubiera sido posible al gobierno y al país liberal tomarla en cuenta.

Júzguese por lo que hemos dicho, de lo que hubiera pasado en Francia si contra los *puntiagudos*, como se les llamaba, no se encontrara en primer término el jefe del gobierno, el mismo conde de Villele. Pero Villele no era un liberal, era en el fondo un hombre convencido de que Francia le necesitaba y él se había impuesto la obligación, costárele lo que le costare, de llenar esa necesidad. Así, según

las ocasiones, era más ó menos reaccionario, más ó menos amigo de los puntiagudos y por consiguiente cuando vió á los ultras dominarlo todo creyó que no le quedaba más remedio que seguir sus pasos, hasta el punto de que el mismo Chateaubriand dijo públicamente que, ahora se trataba de que Francia viviese en la oscuridad, para castigarla por haber vivido durante tanto tiempo en la gloria.

Villele y todo el partido ultra creyó naturalmente que no se le podía presentar mejor ocasión para acabar con el liberalismo, expulsándolo de las cámaras, que la que le ofrecía la conclusión de la guerra de España. En efecto, este fué un terrible momento de angustia para el partido liberal europeo, pues, hasta los más tenaces y osados llegaron á desesperanzar: aprovechando pues la ocasión Villele, disolvió la Cámara,—24 de Diciembre de 1823,—y se dispuso desde luego para ganar las elecciones futuras, desplegando un tan grande lujo de arbitrariedades, que era imposible pensar en algo que fuera más allá de lo que se hizo para alejar á los libe-